



Rubén Darío



Salomón de la Selva

Homenaje a Rubén Darío a cien años de su muerte

LA CANCIÓN DEL INVIERNO

Trabajo literario de Rafaelita Contreras, primera esposa de Rubén Darío.

Llueve. Negras nubes cubren el cielo azul y ocultan el sol, la luz que iluminando y calentando los cuerpos, calienta e ilumina las almas.

Hace frío; hay oscuridad. También hay frío en el corazón y nieve en el alma.

El invierno crudo, con sus nieves y el cierzo que azota, marchita las flores.

El invierno, los días son oscuros como las noches. En el sepulcro reina la eterna noche. 'Cuando hay dulce tristeza, se duerme, y entonces se sueña y son rosados los sueños.

En la tumba, donde también se duerme, ¿cómo serán, oh Dios, los sueños? Cuando despierta, se sonríe al recuerdo de las delicias que vimos en el reposo. Luego, se frunce el ceño y se nubla la frente: estamos junto a la realidad; los sueños fueron sueños, nada más.

En la tumba ¿no hay despertar? ¿No vienen, tras forjadas ilusiones, hirientes realidades? No habrá perfumes de flores, brillo de estrellas, luz de aurora, risas angélicas, calor celeste en el espíritu, ¡Oh! las almas no tienen, de seguro, nieblas invernales, flores marchitas, nubes que ocultan los luceros, borrascas que despedazan las barquillas, espinas ni nardos para el corazón, ni zarzas que arrancan las plumas de las palomas inocentes.

En el mundo, después de la tibieza del sol en el día y los resplandores plateados de la luna, los rayos luminosos de las



Rafaelita Contreras

estrellas y los dulces rumores en las noches de primavera y el estío, viene el invierno. El invierno que da frío y que marchita las flores y las ilusiones y con ellas la vida.

El invierno es triste, es sombrío para los que no tienen calor que conforte el cuerpo y alegres ilusiones que animen el alma.

Pero bendito eres, viejo invierno, cuando se oye caer la lluvia con lentitud, y la niebla densa nos rodea y el frío llega con esa perezosa dolencia que nos invade, en tanto que, envueltos en suaves pieles, sentimos la luz que a la naturaleza falta, en el alma, y la primavera que se aleja, en el corazón.

Oímos cantar los pájaros, zumban las abejas, mecerse en su tallo graciosas las azucenas, aspiramos el perfume de los heliotropos y los jazmines, escuchamos el rumor de la brisa en los altos árboles y vemos el rocío perlado que humedece la

verde grama. Todo eso, dentro del corazón.

¿Hay nieve? ¡Bienvenida! ¡Cómo se ve blanquear esa lluvia de plumas de cisne!

¿Hay frío? No se siente: Dentro del pecho hay una hoguera que da vida, calor, luz.

¿Está todo mustio, marchitas las rosas, sin hojas los árboles?

El alma está sonriendo. Allí hay flores cuyo perfume embriaga, allí nacen, crecen y son bellas, divinas plantas; hay allí música, armonía, verso, que animan, mientras con los ojos medio cerrados, soñamos y alcanzamos a ver tras el manto gris del cielo, el rosa y azul de la aurora, con su sonrisa crepuscular.

Hace frío y llueve y .nieva. Al teatro, al baile, donde mil y mil luces brillan. En las chimeneas arde el fuego; la música vibra triunfante, y en medio de las risas juguetonas, se bailan los valsos que dan vértigo, en tanto que las ilusiones vuelan y giran como locas mariposas. Los ojos brillan negros y profundos unos, azules y tiernos otros; y los labios rosados se agitan murmurando las dulces palabras.

Y se oye caer la lluvia, y a la luz de los faroles se ve la nieve como una sábana de plata, y se dice en tanto ¡Qué bello!

¡Qué bello! Sí, es muy bello así el Invierno Qué horrible cuando: se siente en el corazón y reina en el alma, y nos trae el frío que mata. Pasa y vuelve la primavera, y él aún no se aleja.

Pero cuando las rosas no se marchitan y las mariposas no dejan de volar, en el jardín de ensueño, es hermoso ver blanquear los techos, ver los árboles sin hojas, y el cielo plomizo. Alegre, acaricia el oído el ruido acompasado de la lluvia. ¡Bendito seas, viejo Invierno!

HONRAS FUNEBRES POR EL ALMA DE DARÍO

El conjuro del poeta:

-Trémulas titilen las rubias estrellas; que cisnes y rosas se encojan de frío.

Todas las criaturas gozosas y bellas lloren a Darío...

Al conjuro del poeta aparecen las criaturas gozosas y bellas.

Aparecen las estrellas:

-Somos las estrellas, rosas luminosas de la vida oscura que florece en rosas.

Somos de las lejanas rosas de las estrellas luminosas

Aparecen las mujeres:

-Somos las rojas rosas de las mujeres amorosas.

La rosa del vino:

-Soy la roja rosa del vino, de intenso poder de pasión, que hace más denso el velo denso de la cálida ilusión.

Las piedras preciosas:

-Somos la florescencia de las cosas inorgánicas; nuestra esencia es jerárquica; somos la maravillosa florescencia de las piedras: unas encantadas rosas.

Nosotros los limpios, los claros cristales somos nobles estirpe de los minerales.

Son nuestros blasones firmes cohesiones.

Puro es nuestro origen, pura es nuestra esencia que timbra muy clara nuestra refulgencia.

¡Oh, nobles varones, si fuerais tan puros, tan claros, tan nobles, tan suaves, tan duros!

Los dioses, los hombres, van en jerarquías como van las plantas y las piedras duras; y hay razas de siervos que empiezan, tardías, y hay razas de reyes que alcanzan, maduras.

La vida es escala. Nunca en el camino marchan juntos dos.

Es la aristocracia de origen divino, como que, entre nobles, el primero es Dios.

Reyes por divino derecho y altezas, dueños de un ducado o una baronía, los que hacéis realidades, los que hacéis las leyes, Dios es rey de reyes; ¡rendid pleitesía!

El cisne:

-Yo soy rosa viva de plumas suaves.

Soy entre las aves

lo que, entre las plantas, las rosas suntuosas:

lo que, entre las piedras, las piedras preciosas:

una aristocracia.

Yo soy de una especie que ha encontrado gracia.

Como en el Fénix, como en el Simurgo, en mi ser (descansa un antiguo símbolo de cultos solares: yo soy kalhansa sobre su primer vehículo de los mares...

Los Niños:

(Aparecen con diminutas rosas, botones de las rosas de las mujeres.

Cantan:)

-Somos la florescencia de los seres humanos: criaturas cándidas y gozosas.

Dos reinados del XVII y XVIII siglos franceses :

-Somos las suntuosas rosas de los reinados de dos luises, dos ciclos alados, de rosas de oro,

en el pueblo galo suntuoso y solar, con su áureo símbolo, el gallo sonoro que da a las auro-ras su claro cantar.

La rosa griega:

-Soy la rosa helena

De cuando la vida fue fardo liviano

y las turbias linfas del rosal humano dieron una rosa graciosa y serena.

Somos las cosas prístinas, las primeras luces matutinas, los primeros cantos, los primeros juegos, entre las edades del hombre la infancia: somos el divino pueblo de los griegos rosa, rosa llena de inmortal fragancia.

Todas las criaturas gozosas y bellas evocadas, a coro :

-Somos las criaturas bellas y gozosas, somos las criaturas gozosas y bellas: las mujeres, los niños, las rosas, los diamantes y las estrellas.

Todo lo que bulle, brilla y hace ruido: el color, el perfume y el sonido; las cosas gustosas, las cosas suaves, los vinos gozosos, las cándidas aves.

Somos la belleza, la gracia, el poderío; y, al conjuro, sollozamos por el alma de Darío.

Que en el alma del poeta hay eterna juventud como en el alma del mundo beatitud.

Sin perderse sus formas delicadas, todas las criaturas gozosas y bellas se unen en la sola visión de un ángel luminoso: es el Señor del Fósforo.

Homenaje a Rubén Darío a cien años de su muerte

Habla:
-Yo fui su patrono: yo, entre los patronos,
Señor de pasiones; yo el Señor de Tronos y Dominaciones.
Yo, el Señor que arde en las facetas de las piedras preciosas y en los versos de los poetas y en la púrpura de las rosas.
Y en los humedecidos labios de las mujeres amorosas, y en la sabiduría de los sabios, y en las estrellas luminosas...

-Y en todas las cosas, y en todas las cosas
Yo, fuerza que mueve formas animales de bestias feroces y de hombres sensuales, y el ánimo blanda de los vegetales y el ánimo dura de los minerales.

Yo, el astral Señor del Fósforo, el magnífico (Señor que ante el ojo de los hombres prende un cálido fulgor

Yo, el señor de las pasiones, el que enciende corazones de mujeres y varones.

El que aviva el fuego ingente del amor y de la guerra: yo el oscuro y prepotente soberano de la tierra.

Yo, el Señor de los diez fuegos que a los hombres vuelven ciegos:

el que sopla sobre brasas de temores y de furias, el que insufla de su boca llamaradas de lujurias.

Yo, el Señor del Fósforo que teje la malla de este mundo vario.

¡Yo el Señor de Maya!

Yo, el plural suntuoso que vela el Santuario en el que escondida

está el alma única del ser Singular;

yo, amo de la vida; yo, Señor solar.

Yo, que rompo el nexo de la única vida; y agito la rosa encendida del sexo.

Y que de la única armonía y que del único fulgor, separo la noche y el día y el odio y el amor.

Y las afinidades inquietantes y las misteriosas repulsiones, que unen los átomos de los diamantes y que separan a los corazones.

Yo, el Señor de los dualimos, que suspende las montañas y que invierte los abismos.

El alma de Darío, detenida aún en su cuerpo pasional, aparece, al llamamiento de las cria-

turas gozosas y bellas, y les habla:

-Dulces formas de la tierra, del poeta hogar (y dote, cual suntuoso culto externo de la viva luz solar, de nosotras, dulces formas, yo fui el Sumo Sacerdote y oficié con mi áurea túnica pontificia en el altar.

La gran palma de la tierra que sostuvo mis (cantares ante el ara de lo creado fue mi inmenso fascistol.

Yo fui el sacerdote de cultos solares, los dioses paganos cante en mis cantares.

¡Dulces formas de la tierra, dulces formas de la tierra!

Vestí con la ropa de un verso mi vida.

Mi alma fue una copa henchida.

Apenas se apaga la voz de Darío, el Señor del Fósforo se vuelve de espaldas. Aparece inmediatamente la sombría faz de la Muerte. Se desvanecen las criaturas gozosas y bellas; y llega el cortejo de los desvalidos, los blasfemos, los eunucos, los enfermos, las criaturas que hambre y sed y frío...

(En las bocas de los niños hay quejidos y sollozos, manchas manchan los armiños y la crítica hace trozos las estrofas luminosas.

En las rosas hay gusanos, las mujeres amorosas tienen llagas en los senos y aparecen tendiendo las manos, mendigos franceses y helenos...

Todas estas creaturas, dolorosas y oscuras, se unen en la sola visión de un ángel de tinieblas: es el Señor del Fósforo de espaldas. El Señor del Fósforo dice entonces :

-Yo soy el reverso de la vida y de tu verso.

Yo soy la desesperanza de tus cantos de vida y esperanza.

Yo soy de la Tierra el oscuro fruto: antes tuve el fósforo por atributo; hoy tengo el azufre.

Yo soy todo lo que goza; yo soy todo lo que sufre.

Lo que hoy vive y ama después agoniza, y lo que hoy es llama se vuelve ceniza.

El alma de Darío, dolorida, va ella misma a tenderse en el ataúd. Eleva su canto de muerte:

-La gloria, la gloria, mi ensueño mayor, mentira, mentira.



Mentira el amor.

Mi anhelo, mentira: dolorosa pira que me daba muerte.

A toda alma vieja su ensueño la deja quemada e inerte.

La bestia, antes mansa, de ser ajetreada se cansa, se cansa...

De vivir la vida de la tierra, quiero

tu gracia, eficiente Señor del dinero.

Fui un simple animal y ahora sólo quiero mi lecho sensual.

Y para mi vida, mi única vida de bestia, seguros abrigo y comida.

Vestí con la ropa de un verso mi vida.

Mi alma era una copa, pero fue invertida...

Al oír esta voz, llega presuroso el acicate de la bestia, el miedo, para aquella forma del odio que es la negación. Es la misma faz sombría del Señor del Fósforo. Darío, herido en su lecho de inercia, se incorpora a medias. Canta su canción de miedo: canta su canto pidiendo auxilio:

-De toda mi vida sólo queda miedo, porque el negro arcano descifrar no puedo

Llaga de Raimundo
Lulio, ¿qué es el mundo?

Dogmas de renuncia, dadme fortaleza

para huir de toda la vana belleza.

Oh virgen María, tóqueme tu mano

y al contacto tiemble mi cuerpo pagano.

Una franja estrecha del manto del Señor del Fósforo se vuelve, agitada por el viento

(Al ver a Darío angustiado, osa asomar la rubia cabecita de una rosa, criatura belleza y gozosa.)

Darío, al verla, inmediatamente vuelve a la vida, se yer-

gue por completo y se defiende melódicamente, mientras un rayo de sol cae sobre la oscuridad faz reversa del Señor del Fósforo, que se mueve con lentitud hasta quedar de lado.

Voz de Darío:

El gran ser que de este mundo es origen y sustento a las almas de los santos se da el mismo en alimento; y a las almas de poetas, para tanto no maduras, da a besar sus vestiduras.

Mas la gran mentira varía es verdad por un período en que Dios se manifiesta. ¡Es verdad después de todo!

Humillemos nuestras almas. Bestezuelas, florecillas del de Asís: ante vosotras; siempre estuve de rodillas.

Vuelque el vaso de la vida sus temores y amarguras.

El Señor está tan lejos que hay que amarlo en sus criaturas.

¡Hay que amar!

Es el secreto de la viva luz solar.

Mitra, Apolo, Osiris, oh dioses solares: yo vi en las tinieblas lucir vuestro altar.

Canté en mis cantares la áurea luz solar.

Oh magna ilusión, toda vibración: color, sonido, armonía, áurea luz del día, de la vida eterno culto,

¡el sol mismo da ejemplo;

Pero allá en lo más oculto de mi alma, hay otro templo.

Y en silencio y en reposo; y en reposo y en silencio, la gran Alma no visible, invisible reverencié.

El reposo y el silencio, invocados en los últimos versos, se apoderan gradualmente del alma de Darío.

Sus despojos caen inertes: el rostro ha adquirido serenidad deífica. Concluido el Juicio de los Muertos, desvanecida la

última llamarada pasional, el alma se eleva a un lugar de descanso...

De los campanarios de la Catedral de León descienden hasta el pueblo congregados dobles solemnes. En EL AMPLIO recinto del templo suena el órgano grave. Se escuchan los cánticos religiosos con que el culto católico hace oración por sus muertos:

Réquiem aeternam dona ei Domine.

Et lux perpetua luceat ei.

Requiescat in pace.

Amén.

Una voz de la tierra

-El poeta es sacerdote de las flores de la vida,

es pontífice supremo de la cálida ilusión;

en sus manos temblorosas una antorcha va encendida

y en su boca de profeta va encendida una canción.

Sonámbulo inerte o antorcha encendida, una de sus manos le ha asido la Muerte

y la otra la Vida.

Va cantando al borde de los precipicios;

solloza en los valles floreales;

y, alterna, su vida da a los siete vicios y a las siete virtudes capitales.

Y porque la vida le ha asido la mano,

marcha por la senda beodo y pagano.

Y porque la muerte le ha asido la mano,

marcha por la senda contrito y cristiano.

Y aunque son opuestas, él siente en las dos manos que lo llevan la mano de Dios.

Como pitia loca, tiene la fatiga

del deus que lo hostiga.

Y va sordo porque aun oye la palabra del Señor;

y va ciego porque aun mira su fulgor;

y va trémulo, y es divino su temblor...

¡El poeta es mensajero del Señor!

Tomado del libro

LLAMA Y EL RUBEN POSEIDO POR EL DEUS

Por Rafael Arévalo Martínez

Homenaje a Rubén Darío a cien años de su muerte

EL ÚLTIMO ENSAYO RUBEN DARIO

Por Salomón de la Selva.

Esto es posible: no conocer más letras -que las de Rubén Darío y ser dueño, sin embargo, de una cultura suficiente: tener una visión anchurosa del mundo, capaz de ensanchamiento constante; poseer un entendimiento de los hombres cada vez más hondo; contar para cada emergencia de la vida con un sentido cada vez más elevado de lo que hay por encima de los hombres y del mundo.

EL "UNIVERSO" DE RUBEN

El universo de los antiguos griegos no fue más espacioso que los poemas homéricos, que lo contienen íntegro; ni el que el occidente europeo construyó en los laboriosos siglos medievales abarcó más que la Divina Comedia. Así, en la obra de Rubén Darío, verdadera enciclopedia de nuestra América, se resume y compendia cuanto pensamos y sentimos, cuajan las esperanzas que nos impulsan, palpitan como corazones asustados nuestros miedos, dan alaridos nuestras ilusiones perdidas, abunda todo lo que nos deleita, y desfilan musical y multitudinosamente las realidades y las irrealidades de nuestro vivir, las angustias y las glorias, los hallazgos y las fugas, los amores y los odios, y hasta los orgullos patrios y las miserias de nuestras ciénagas civiles. Darío nos fijó horizontes.

LO "ROMANTICO" LO "RACIONAL" Y LO "EXACTO"

De tal manera es completa la construcción del universo dariano, espejo fiel del universo en que en realidad vivimos los hispanoamericanos, que en él podemos hallar el "concepto racional y exacto" que le exige a la educación mexicana el artículo tercero constitucional. En el universo que Darío construyó hay en igual grado que en el homérico y que en el de Dante, una coherencia minuciosa, una lógica tan fuerte que el querer romperla sería tarea bien difícil.

Románticos somos, ciertamente; pero se equivocan quie-

nes creen que ser romántico excluye ser racional. El racionalismo fue ex creencia o fruto, como se quiera producto del romanticismo. No se puede ser racionalista sin ser romántico primero. Lo racional es categoría de romanticismo no su negación. Lo que Shelley tiene de racionalista es precisamente lo que tiene de romántico, y deja de ser romántico en el instante mismo en que deja de ser racionalista. Y con Darío ocurre lo mismo.

Y en lo que toma a lo "exacto" que es concepto de relación fácilmente se advierte que la construcción del universo de Darío obedece con fidelidad absoluta a un paradigma fijo. Se trata de un Universo que no convence plenamente porque de él tenemos todos una platónica conciencia. Cuando se quiere que algo sea exacto, es preciso decir exacto con relación a qué; de lo contrario se impone irracionalmente un africano síncope a la idea. La verdad es que hay quienes piensan a la manera como los cafres cantan. Rubén Darío tiene un concepto del universo que estará reñido con la fisiología, con la geografía, con la fotografía, con lo que se quiera, pero no con su visión propia de las cosas, que es también nuestra visión.

EL ASNO RUMIANTE DE RUBEN

Creerá Darío, por ejemplo, que el asno es rumiante; y Linneo protestara. Linneo, dicho de paso, no es de nuestro mundo hispanoamericano; no está en nuestra vida; mal que bien nos la pasamos sin él. Pero es que Linneo ve a los asnos y a los bueyes sólo en su calidad de bueyes y de asnos, y por lo mismo diferentes, mientras que Darío, más racional que el gran naturalista, ve en bueyes y asnos conjuntos la esencia exacta de la suma torpeza que desgraciadamente rige las relaciones entre los hombres y los pueblos. En Darío no se trata del manso y sufrido animal con quien San Francisco comparó a la carne que tanto tiene que aguantarle al alma, sino de la bestia de cuya quijada se valió el primer asesino: la quijada del rumiante en la mano de Caín sobre la frente de Abel



"Quijada de asno", dice el Génesis. Pero Darío, más racional que Moisés, sabía que lo que desencadena las guerras es siempre un sentimiento que se digiere y se vuelve a masticar y a digerir, que se rumia; que en toda guerra hay como causa una filosofía manida doblemente entre las muelas; que rumiante debió ser el asno de cuyo maxilar se valió el prototipo de los que matan.

RUBEN CONCIENCIA Y BALUARTE

Desde luego, los extranjeros así sean de nuestro propio medio hallarán extraño y hasta incomprendible a Darío. Fuera del mundo hispanoamericano, Darío tiene forzosamente que ser incomprendido, excepto en la medida en que se nos comprenda a nosotros, los hispanoamericanos de verdad; por lo que es natural que las apreciaciones que los extranjeros han hecho de Darío sean un montón de estupideces.

Lafcadio Hearn, inglés, que brillantemente enseñó literatura inglesa en la Universidad de Tokio, cuenta que de ninguna manera parecía bello a sus discípulos, aquel hermoso verso de Shakespeare en que Romeo, al advertir que Julieta es el sol y el balcón Oriente: En la palabra "Oriente" está el encanto de ese verso, para los occidentales, para quienes evocan las Mil y una noches, los perfumes de Arabia (tan especialmente del cariño de Shakespeare), las maravillas con que Marco Polo hizo soñar a Europa. Para el japonés, en cambio, el Oriente es sólo el Este, un punto cardinal.

Ni hay que ir hasta el Japón

para que Shakespeare se nos vuelva prosa. París está a cuartos de hora de Londres, pero en cuanto el "Thrift Horatio, thrift" de Hamlet se convierte en "De L'conomie, Horatio" en la Comedia Francaise, el Canal de la Mancha se abre como océano. Pueblo ninguno puede plenamente compartir a Shakespeare con Inglaterra. Darío es similarmente tan nuestro que nadie nos lo puede arrebatarse. La cultura es lo único que pueden sentir con seguridad los pueblos; es el único recinto inexpugnable dentro del cual pueden defenderse. Rubén Darío es el más fuerte baluarte de lo hispanoamericano.

DARIO, ES BUENO

Quienes lo conocieron y lo trataron se hacen lenguas de la bondad inagotable de Darío. Generoso, todo lo daba con inconsciencia del valor de las cosas y del dinero. Ingenuo quien se lo proponía lo engañaba con cualesquiera artes Darío, era bueno.

DARIO VOZ DE UN PUEBLO NIÑO

Los hispanoamericanos individualmente podemos parecer malos, y hasta en ocasiones hacer mal, pero nunca el mal. Darío, que nos concreta a todos, prueba que somos buena gente. No hay perversidad en la amalgama de nuestro ser. Nuestros pecados son pueriles. Somos pueblos niños como Darío era niño. Niños pobres, golosos, desarrapados, piojosos, precoces, con infinidad de vicios de arroyo y de provincia, con mugre y con hambre, pero libres de esa alma diabólica, de esa voluntad maligna, de esa adulta maldad que lleva el mundo a lo que padece Europa.

Se nos engaña más fácilmente que engañamos; se nos conmueve con poca ternura; nos ahogamos en poca agua; hacemos berrinches, dormimos largo, cuando por fin dormimos, porque nos repugna acostarnos; les tenemos miedo a los cuartos oscuros, creemos en cuentos de hadas, aun que sepamos que son cuentos

RUBEN CATOLICO

Las discusiones cíe si Darío era cristiano verdadero o paga-

no han sido, ociosas. Darío era católico, como es católica su América. Era cristiano prístino, de aquellos contra quienes fulminaban los padres griegos porque seguían a pesar del bautismo, enamorados de los misterios eleusinos. El cristianismo es una disciplina difícil; hay quienes creen que imposible. En esa disciplina creía Darío, y que la quebrantara no desdice de su creencia.

Era carnal. Le acosaban todos los vicios de la carne. Pero por encima de la carne, su vida, en lo espiritual, fue pura, fue profunda, fue santa. Jamás pecó contra el Espíritu Santo. Y prueba, la más definitiva, de que no fue pagano, es que tenía una tremenda conciencia del pecado. Él pagano, no. El pagano es pagano precisamente porque sabe que no peca; mejor, porque no sabe que peca ni qué es pecado.

El paganismo de Darío no es el auténtico de paganas tierras, sino el decorativo de legítima cepa hispanoamericana. Darío creía en el Dios Único; los dioses eran juguetes en la diversión de sus ideas; no fueron nunca substancias de su credo, sino sólo adjetivos de sus versos. Darío era tan cristiano que podía adornarse paganamente como fastuoso papa.

En la entraña de su ser el cristianismo fue una congoja perenne, un revolverse la conciencia sin reposo, un saber que hay infierno a pesar de la infinita bondad del Redentor. Darío frecuentemente volvía los ojos a la amable figura de Apolo, porque se asustaba de ver los cristos que los españoles nos trajeron a América, con las llagas tan horripilantes, con la sangre tan abundosa y los ojos tan enloquecidos. El paganismo de Darío fue sólo una ansia de que nuestras iglesias tuvieran más luz. Fue lección para los arquitectos más bien que propósitos ideológicos.

A los pies de León XIII, Darío pudo arrodillarse filialmente. Toda la vida le duró el deleite de haber besado la sandalia del Papa blanco.

Y fue justo que lo enterrasen bajo la gran imagen de San Pablo en la catedral de su ciudad natal.

CONTINUARA....